



La monarquía de los expertos en tiempos de las jaulas electrónicas

HUGO ENRIQUE SÁEZ

En un texto breve y bastante ambiguo de Peter Sloterdijk (Normas para el parque humano), el filósofo alemán desliza la posibilidad de que en un futuro próximo podríamos quedar sometidos a una monarquía de los expertos. La ambigüedad del texto radica en que su autor pareciera pronunciarse a favor de formar un parque zoológico humano controlado por la tecnociencia como elemento de planificación de todos los órdenes de la vida, en particular de un orden en el que aún resuenan ecos del nazismo, la selección de los más aptos: “si a la larga sería posible algo así como la planificación explícita de las características para todo el género [humano, hay que aclarar] y si el nacimiento opcional (junto con la otra cara de la moneda: la selección prenatal) podría convertirse, para todo el género humano, en un hábito reproductor”. Abonando sus argumentos, Sloterdijk cita el caso del derecho al aborto que ya rige en países europeos y en Estados Unidos, “pese a la resistencia católica”. Asimismo, expone las costumbres de diversas culturas (esquimales, espartanos, y otras) en las que se eliminan a los hijos defectuosos, según criterios anatómico fisiológicos. El giro de sus posiciones teóricas hacia una

política de población totalmente despiadada alarmó a diversos sectores de opinión.

El entonces joven filósofo Sloterdijk había publicado en 1983 un revelador libro titulado Crítica de la razón cínica, en el que desnudaba con lucidez los mecanismos modernos de dominación, desde la política a la cultura, de la economía a la pedagogía. En esa época, Jürgen



Jesús Martínez



Del Prado

Habermas celebró esa publicación como la más importante en materia filosófica que había aparecido en los cincuenta años previos. En cambio, en 1997, cuando Sloterdijk presentó el discurso sobre el parque humano en Basilea, fue Habermas el primero en reaccionar por los excesos racistas y de toda índole que ensalzaba el polémico pensador de Karlsruhe, y estalló lo que el periodismo denominaría “el escándalo Sloterdijk-Habermas”, con amplias repercusiones en distintas partes del mundo, lo que se reflejó en las intervenciones a favor y en contra de las tesis sostenidas en aquel discurso.

Un asunto de la mayor importancia que trae a la discusión Sloterdijk, y que no ha sido analizado a fondo, se refiere a la inmensa brecha del saber existente en el mundo, que a su vez condiciona y reproduce la brecha del poder en todas sus dimensiones. Desde una posición crítica se puede rescatar este tema para entender la coyuntura en que la dominación ejercida por

un puñado de empresas y de mafias políticas se expande incontenible por el planeta. En ese contexto, es indispensable modificar la visión de la ciencia como un conocimiento neutral al servicio de la humanidad y tomar conciencia de que el desarrollo de la tecnociencia se halla inscrito en un programa mundial de dominación, tanto la investigación espacial con fines militares como la producción industrial de alimentos transgénicos. Si bien este análisis ya ha sido expuesto por otros autores y es sostenido como argumento político por muchas organizaciones que luchan en contra de esta dominación, lo novedoso que podemos extraer de Sloterdijk (aun en contra de su voluntad explícita) es que la lucha entre clases sociales se está transformando en lucha entre dos especies animales (¿neandertal versus cromañón?).

Sloterdijk identifica la persistencia de un abismo en cuanto a la posesión del saber que da poder pero se pre-

gunta, comentando al libro *El político* de Platón, si esa diferencia entre los directores del zoo y la población del zoo es sólo gradual o de especie. En el primer caso se daría la posibilidad de que los habitantes eligieran a sus directores, pero si la diferencia fuera específica se plantea una alternativa aterradora: “Si, por el contrario, entre los directores del zoo y los habitantes del zoo reina una diferencia específica, entonces serían tan profundamente distintos entre sí que no resultaría aconsejable una dirección elegida, sino sólo una dirección con conocimiento de causa (negritas de HESA). En ese caso, únicamente los falsos directores del zoo, los pseudo-hombres de Estado y los sofistas de la política harían campaña a su favor utilizando el argumento de que ellos sí están hechos de la misma materia que el rebaño; mientras que el verdadero criador apostaría por la diferencia y daría discretamente a entender que él, que actúa con conocimiento de causa, está más cerca de los dioses que los confundidos seres vivos a su cargo.” (Peter Sloterdijk, *Normas para el parque humano*, Madrid, Ediciones Siruela, pp. 76-77).

Basándose en el diálogo platónico, se asimila la organización de la sociedad a la tarea de criar “bípedos implumes”, caracterización del ser humano que movió a Diógenes a pelar un gallo y lanzarlo a la Academia. La tesis central del texto de Sloterdijk presenta la evolución humana penetrada por la desigualdad y por la clara división entre los pastores, que han empleado las más violentas técnicas de amansamiento y domesticación, y el rebaño, condenado a la resignación y a habitar casas que más se parecen a jaulas que a otra cosa. En este proceso de desarrollo la democracia se presenta como una simple máscara ya que el rebaño no posee los conocimientos de los directores, prestos a hacer los experimentos que consideren necesarios con quienes están a su cargo para

el pastoreo. El monopolio del conocimiento se convierte en un arma política de control.

En América Latina la más reciente fase en el reinado de los expertos comenzó en la llamada “década perdida”, la de 1980, cuando los tecnócratas vinieron a rescatar a esos países de la crisis de la deuda y de la falta de crecimiento. El principal argumento de estos expertos formados en universidades estadounidenses era que la economía debía manejarse con criterios profesionales, conocimientos de los que carecían sus antecesores en el gobierno del Estado. En refuerzo de su accionar llegaron los enviados del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, quienes en misiones relámpago de una semana en esos ignotos parajes tercermundistas emitían su diagnóstico y la medicina adecuada para combatir el subdesarrollo. La presencia de los técnicos de todo tipo se ensanchó en el siguiente decenio, después del Consenso de Washington, ya que la nueva estrategia de dominación comprende la apropiación territorial (Plan Puebla Panamá, Acuerdo de Libre Comercio de las Américas). Los resultados obtenidos gracias a sus recomendaciones y a las políticas puestas en práctica son asombrosos: en 1980 el 41 por ciento de los latinoamericanos (120 millones de personas) vivían por debajo del índice de pobreza, mientras que al inicio del 2000 la cifra se había incrementado a 45 por ciento de la población, aunque entonces los pobres totalizaban 220 millones de seres humanos. En México, el poder adquisitivo del salario mínimo se había reducido al 35 por ciento entre 1982 y 2005, además de que en este último año llegaba apenas a 4 dólares diarios, frente a 8 dólares por hora en los Estados Unidos. En la actualidad se considera que el principal reto a vencer es la pobreza. Con ese propósito se efectúan fastuosas reuniones en hoteles de cinco estrellas para decidir cuáles son las medidas más racionales para acabar con ese mal. O por lo menos, controlarlo, no vaya a ser que los pobres se subleven por hambre. ■